cidos en los principios del mundo y en otros tiempos cuando aún no todos sabían de la formación de las ciudades; y esto no era por falta de razón, sino por no tener aún experiencia de los inconvenientes y necesidades que después, con el tiempo, les fueron ocurriendo, afligiendo y necesitando y, también, por no ofrecérseles las comodidades que habían menester para vivir juntos.

Testigo es Cornelio Tácito,[5] de los alemanes, en el libro que compuso de sus costumbres donde dice: que en su tiempo vivían sin ciudades; pero no tanto por su pobreza, cuanto por su áspera y rígida condición de no sufrirse los unos a los otros, aunque también asigna y da otras causas, el mismo autor, que son a la vida necesarias (conviene a saber), tener la fuente o el río o el monte o el campo de su labor junto a su vivienda y también por el inconveniente que hallaban de no pegar fuego de una casa a otra (que según esto eran sus casas pajizas) o por ventura debía de ser la causa (concluye Cornelio) porque hasta entonces aún no sabían ni tenían la traza de edificar ciudades. Corriendo más los tiempos, y experimentadas las necesidades que ocurrían de guardar las haciendas y también las personas de los peligros de las bestias fieras y de las fuerzas y violencias de los tiranos y mal diciplinados hombres, cayeron en la cuenta de serles necesario juntarse y estar cerca los unos de los otros y cercar los tales ayuntamientos con muros, de donde vino que llamaron *opidum* el lugar cercado *(quasi locum muris munitum)* donde se guardaban seguramente las haciendas y tesoros.

CAPÍTULO V. *De las grandes poblazones que había en la Nueva España cuando los españoles entraron en ella. De sus muy grandes ciudades y ricos edificios y torres*

IEN QUISIERA EN ESTE CAPÍTULO ir tan comedido y corto en los números de que tengo de tratar, que antes parecieran las cosas muy cortas y de menos estima, que no que por ser tan cuantiosos y largos le quedase escrúpulo al que lo leyere para no creerlo; pero ya que escribo historia, y es fuerza que por serlo trate verdad, pido humildemente al discreto lector que oiga con paciencia lo que aquí dijere y me dé fe; pues nace la humana de la buena opinión y crédito del que afirma una cosa; y como sea verdad que todas las cosas que de suyo no tienen contradición, sean también factibles, hacederas y fáciles de creer; por esto digo que las que en el capítulo presente van escritas, salen de todo escrúpulo de contradición por ser verdades que los testigos de ellas fueron los nuestros, que con sus ojos proprios las vieron, y ellos mismos hicieron las relaciones de donde estas palabras se sacaron y tuvieron origen y principio.

Supuesto este principio, digo que luego que nuestros españoles entraron en esta Nueva España lo primero que a la vista les ocurrió fue una gran

[5] Cornel. Tacit. de Mor. Germa.

ciudad que se llamaba Cempoala, que contenía de veinte y cinco a treinta mil vecinos, cuyos edificios de casas reales, de templos, de patios, de torres y de otras muchas casas y habitaciones principales y de otras particulares eran tan aventajados cuanto se puede decir. Unas de estas casas eran de piedra de mampostería y otras de adobes; pero también encaladas y enyesadas, adornadas y hermoseadas y en calles ordenadas, que los nuestros (que al principio entraron en esta ciudad y la vieron) quedaron admirados y como fuera de sí y no se cansaron, por muchos días, de mirar los edificios y contemplar su buena hechura. Eran labradas de cal y canto (y como se ha dicho), blanqueadas con yeso de espejuelo, tan lucidas y limpias, como se pueden pintar los suelos de los patios de los templos (y comúnmente de todas las casas, en especial las de el señor principal y otros señores menores) tan limpios y resplandecientes que pudo engañar la luz a los nuestros, pensando que era el oro y plata que venían a buscar; lo cual acaeció de esta manera.

Yendo delante del ejército y campo de guerra, el día que entraron en este pueblo cien hombres de a caballo, llegaron a una plaza en la cual había un muy gran patio, cercado de cal y canto, todo al derredor almenado y el suelo del patio daba tanto resplandor con los rayos del sol, que herían en el encalado, que parecían sus visos (a los que no lo sabían) de oro y plata. Los nuestros, que no repararon en discurrir sobre lo que pudiese ser, sino engolosinados de el deseo de haber oro y plata a las manos, pareciéndoles que aquello lo era y que ya la tenían en ellas muy cierta, sin más razón que la dicha, volvieron muy a paso tendido las espadas (casi atónitos y como fuera de sí de contento) a pedir albricias al capitán, diciendo a voces y afirmando que aquella ciudad tenía todo el suelo chapado de oro y plata. Vinieron a la voz y vieron que era suelo; y no hay que maravillar que lo pareciese ni que los que lo dijeron se engañasen; porque eran los patios y suelos de ellos de argamasa, y después de encalados cubrían la superficie y haz con almagre, y después bruñíanlos con unos guijarros y piedras muy lisas y quedaban con tan buena tez y tan hermosamente bruñidos que no podía estarlo más un plato de plata. Pues como fuese de mañana y el sol comenzase a derramar y esparcir la lumbre de sus rayos y comenzasen a reverberar en los suelos, encendíanlos de manera que a quien llevaba tan buen deseo y ansia de haber oro y plata, le pudo parecer que era oro el suelo; y es muy cierto que los suelos de las casas y de los patios (en especial de los templos y de los señores y personas principales) se hacían y aderezaban en aquellos tiempos tales, que eran muy de ver, y algunos de éstos hemos visto (y ruinas de los pasados) tan lisos y limpios que sin asco se podía comer en ellos sin manteles cualquier manjar.

No trato de otros muchos pueblos fuertes, a su modo, y fortalezas que había por allí, ni de las grandes poblazones que atrás dejaban en la provincia de Tabasco (las cuales por entonces no vieron), las de Guazacualco, la poblazón de Xalapa y Xicochimalco, Pueblo Fuerte y Zacatlan, donde había maravillosos edificios y grandes vecindades, y entre éstos y otros hallaban pueblo que tenía de travesía cuasi dos leguas, según iban juntas y continuas

las caserías, con casas de los señores, señalada y particularmente labradas de cal y canto.

Había fortalezas de piedra y cantera cercadas de sus barbacanas que aún podían tenerse por fuertes en España; había, a una parte y a otra del camino que los españoles traían, millares de pueblos de tres y cuatro y cinco mil vecinos, y la ciudad de Tzumpantzinco que tenía veinte mil casas en la provincia de Tlaxcalla, y otras muchas, maravillosamente fundadas y edificadas, e infinitas villas y lugares en aquella provincia, que por ella vieron y hallaron, por las cuales fueron discurriendo, y otras muchas que no vieron.

Y dejando ahora de tratar de los edificios materiales, bastando lo dicho y dejando lo que falta para decirlo en sus lugares, digamos de la fundación de los pueblos, cómo comenzaron en sus principios con sus señoríos y cualidades, de los cuales será el primero el de Azcaputzalco, por ser uno de los más antiguos de esta tierra.

CAPÍTULO VI. *De el origen y aumento de el señorío de los señores de Azcaputzalco, que vino a ser cabeza del imperio aculhua y tepaneco, en tiempo de Huehue Tezozomoctli, que mató a Ixtlixuchitl, rey y monarca de todas estas gentes y provincias de esta Nueva España, y se dice el asiento de su ciudad*

EGÚN LA CUENTA QUE TIENEN los de Azcaputzalco de la fundación y origen de su ciudad (que fue en otros tiempos de las mayores poblazones que hubo en estos reinos) ha mil y quinientos y sesenta y un años que se fundó. Que esto sea así verdad no lo aseguro, por cuanto estas gentes no tuvieron mucha cuenta con los años; y porque también para hacerla ahora faltan las cuentas de seis reyes, de los que reinaron y gobernaron esta ciudad y república; por lo cual no tengo mucha confianza de esta cuenta, mayormente que si el primero que fue señor de ella fue Xolotl, emperador primero de todas estas naciones, no ha tantos años que pasó, si ya no es que la cuenta que seguimos en sus historias está errada y hay menos años en ésta que en esotra, la verdad es que los unos y los otros son iguales en tiempo, y siéndolo pondremos la sucesión de todos, según por sus historias parece.

El primero fue Aculhua; yerno de el emperador Xolotl, lo cual parece por lo que de él se dice en la historia de este mismo emperador Xolotl; pero porque las historias azcaputzalcas dicen que el primer señor que hubo en aquel pueblo se llamó Huetzintecuhtli, por esto hay dificultad en cuál de éstos haya sido; pero para salir de duda digo que pudo ser que fuese llamado por estos dos nombres, porque las gentes antiguas de aquellos tiempos los tuvieron (como en las historias tlaxcaltecas decimos), y hubo muchos que no solamente tuvieron uno y dos nombres; pero también tres y cuatro, según los acontecimientos y cosas memorables que hacían. Y no es cosa